

La economía solidaria en Bolivia, ¿efecto de moda o verdadero proyecto de sociedad?

Isabelle Hillenkamp, 5 de mayo 2006¹

En los últimos años, tanto en Bolivia como en otros países de América latina, de Europa, de África o de Asia, se ha afirmado la idea de una economía *solidaria* como alternativa a modelos de desarrollo percibidos como excluyentes. Con frecuencia, escuchamos estas palabras en boca de dirigentes de organizaciones de base que dicen poner en práctica este tipo de economía, de instituciones de apoyo, de algunos políticos, de cooperantes internacionales, de periodistas y hasta de algunos académicos. Sin embargo, ¿a qué precisamente se refiere el concepto de una economía *solidaria*? ¿Acaso, no será contradictorio de por sí? ¿La teoría económica neo-clásica no nos enseña que los agentes económicos actúan de acuerdo a la anticipación racional de sus intereses? ¿Dónde entonces quedaría lugar para las solidaridades de la economía *solidaria*?

Acto seguido, cabe preguntarse: ¿Será la economía solidaria un simple efecto de moda, tal como lo afirman algunos de sus detractores? ¿O realmente podemos esperar, juntos con sus promotores, que constituya un proyecto alternativo de sociedad, con capacidad de conducir a un desarrollo más equitativo?

La “economía solidaria”, un concepto difícil de delimitar

Al querer aportar elementos de respuesta a estas preguntas, tropezamos con una primera dificultad: si bien la “economía solidaria” está en muchas bocas, no existe un consenso sobre el sentido que se le otorga. Dos características de esta economía nos permiten entender esta dificultad y al mismo tiempo acercarnos a este concepto.

Primera característica: la economía solidaria no se desenvuelve en un sector de actividad específico sino que, pudiendo encontrarse en cualquier sector, se distingue más bien por una ideología particular, y en base a eso una manera original de organizar las actividades económicas².

Segunda característica: la economía solidaria, si bien existe en muchos países, no cobra el mismo sentido en cada uno de ellos. Existe ciertamente un núcleo común, pero también una parte específica a cada contexto particular. Las dificultades al traducir el concepto de economía solidaria a idiomas no latinos reflejan esta diversidad. Por ejemplo, si bien en inglés las nociones de *voluntary-* o *non-for-profit organizations* (organizaciones voluntarias o sin fines de lucro) son las que más se acercan a la lo que entendemos en América latina por “economía solidaria”, no constituyen por eso una traducción satisfactoria.

Partiendo de estas constataciones, es preciso analizar primero los rasgos comunes de las experiencias de economía solidaria a nivel internacional. Este análisis nos conducirá a preguntarnos sobre la ideología y la práctica de esta economía. En base a este panorama, podremos luego destacar la especificidad de la economía solidaria en Bolivia y volver así a

¹ Doctorante y asistente en economía del desarrollo en el Instituto Universitario de Estudios del Desarrollo, Universidad de Ginebra, Suiza. Correo electrónico: Isabelle.Hillenkamp@iued.unige.ch.

² Sin embargo, en cada país existen sectores de concentración de la economía solidaria, esos serían en el caso de Bolivia, los sectores de artesanías y de agricultura orgánica.

nuestra pregunta de origen: la economía solidaria en Bolivia, ¿efecto de moda o verdadero proyecto de sociedad?

El rechazo de la “economía de mercado”

Basta revisar algunos manifiestos o documentos de posicionamiento de la economía solidaria para convencerse que el rechazo de la dominación de la “economía de mercado” y la convicción que “otro mundo es posible” constituyen los puntos de convergencia de su ideología³.

Por rechazo de la “economía de mercado”, no hay que entender sin embargo el rechazo del mercado como mecanismo de intercambio de bienes y servicios: la economía solidaria no pretende ser una economía primitiva ni no-monetaria. Más bien, lo que se rechaza, es una sociedad donde todas las relaciones sociales estarían regidas por los principios del mercado, por lo que aseguraría el predominio de los llamados “imperativos económicos” sobre cualquier consideración social o política.

Profundamente, lo que pone en tela de juicio la economía solidaria, es la división entre las esferas política, económica y social característica de la modernidad occidental. Duda que tenga efectos positivos en el desarrollo de la mayoría de los seres humanos el separar lo “económico” – es decir, lo referido a prácticas de producción, de intercambio y de financiación - de lo político, o sea la conducta de las sociedades como conjuntos de grupos sociales con intereses antagónicos, y de lo social, que hace hincapié en las necesidades de los seres humanos.

Finalmente, propone desarrollar experiencias que tomen en cuenta al ser humano en su integridad, valorando a la vez sus necesidades y potencialidades económicas, sociales y políticas.

Obstáculos al cambio

Esta propuesta sin embargo no está sin encontrar serios obstáculos. La división entre lo económico, lo político y lo social está institucionalizada en más de un aspecto. Desde las escuelas y las universidades de donde egresan los técnicos y profesionales, se produce y reproduce esta división, que encontramos luego no sólo en los oficios en que se desempeñan, sino también en la mentalidad y en la forma misma de pensar de la sociedad. Se refleja asimismo en el más alto nivel de la sociedad, el de los gobiernos, sean locales o centrales, los cuales se conforman a esta lógica clasificando los asuntos que les toca atender en económicos, sociales o políticos y estableciendo fronteras entre ellos.

En consecuencia, el reconocimiento y la aceptación de la especificidad de la economía solidaria no puede ser sino un proceso de largo aliento. Por el momento, entre mayores problemas, no encuentra un lugar adecuado de atención y promoción en los gobiernos, lo que empuja sus líderes a militar para la creación de instancias específicas dedicadas a la economía solidaria como Ministerios o Secretarías de Estado a la Economía Solidaria⁴. Además, al no reconocer la naturaleza mixta de sus actividades – no solamente actividades productivas que puedan ser auto-sostenibles, sino también sociales y políticas, que requieren de aportes públicos – generalmente se le niega la necesidad de financiamientos igualmente mixtos.

³ Ver por ejemplo la Declaración de Cochabamba, adoptada por los participantes de doce países latinoamericanos y caribeños al concluir el Encuentro Emprendedor de Economía Solidaria y Comercio Justo que se llevó a cabo en la ciudad de Cochabamba del 13 al 15 de septiembre 2005.

⁴ Podemos señalar el caso de Brasil donde existe una Secretaría de Estado a la Economía Solidaria.

Lo ideológico y lo práctico: una economía conscientizada

Si a nivel ideológico el reconocimiento de los principios de la economía solidaria por la opinión pública seguramente requerirá de más tiempo, mientras tanto, varias experiencias ya han demostrado en la práctica que esta otra economía sí es posible, aún sin contar con los apoyos que les permitirían desarrollar sus actividades en una mayor escala.

En la práctica, el rechazo de la “economía de mercado” y de las relaciones sociales de producción jerárquicas que caracterizan al capitalismo hicieron preciso inventar nuevas relaciones – o reactivar relaciones más antiguas que habían sido olvidadas – más igualitarias y democráticas. Esas relaciones se respaldan en los principios de transparencia en la toma de decisiones y de control social, que se han vuelto casi universales en las organizaciones de economía solidaria.

Por otro lado, el rechazo de la división entre lo económico, lo social y lo político, llevó a desarrollar un conjunto de actividades que superan estas fronteras, juzgadas artificiales. Así, muchas organizaciones de economía solidaria producen al mismo tiempo que ofrecen a sus trabajadores capacitaciones en temas sociales políticos.

Al fin y al cabo, estos dos aspectos, lo ideológico por un lado, lo práctico por otro lado, se refuerzan mutuamente. Al no ser todavía reconocida por los políticos ni por la opinión pública en la mayoría de los países, la economía solidaria se ve obligada a pelear permanentemente por demostrar su especificidad. Al afirmarse así en el campo ideológico, la economía solidaria se construye como una economía consciente de sí misma, lo que la refuerza en la práctica. Inversamente, el contar con experiencias exitosas de economía solidaria permite sostener con legitimidad y fuerza su planteamiento ideológico.

Este reforzamiento mutuo nos permite por fin proponer un criterio de identificación de las organizaciones de economía solidaria, considerándolas aquellas organizaciones que a la vez reivindican su pertenencia al movimiento de economía solidaria (aspecto ideológico) y ponen en práctica los principios correspondientes. Quedan excluidas entonces tanto las organizaciones que por oportunismo usan de la sigla “economía solidaria” sin que corresponda a una auténtica práctica, como las organizaciones que quizás desarrollan prácticas económicas, pero sin conscientizarlas.

La especificidad boliviana

A partir de estos principales rasgos comunes de la economía solidaria a nivel mundial, en cada país estas ideas y prácticas son apropiadas por grupos sociales específicos, que les confieren sentido dentro de su problemática y contexto sociales. En el caso de Bolivia, destaca la apropiación de la economía solidaria por los pequeños productores, y especialmente *productoras*⁵. Parte de estos hombres y mujeres que se consideran como los excluidos seculares de los sucesivos modelos de desarrollo ajenos, y especialmente de su último avatar, el capitalismo “de mercado”, ven en la economía solidaria un modelo alternativo abierto para ellos y en acuerdo con sus propias tradiciones.

Destaca como rasgo central de la economía solidaria en Bolivia el poderoso eco que encuentra en valores y principios tradicionales, especialmente, aunque no solamente, andinos. En efecto, si bien la economía solidaria no se reduce a una economía tradicional

⁵ Si bien es difícil dar una estimación de la magnitud de la economía solidaria en Bolivia de acuerdo con los criterios más arriba señalados, podemos advertir que las redes bolivianas afines a la economía solidaria agrupan a cerca de 150.000 productores, siendo la Red Nacional de Comercialización Comunitaria (RENACC) con alrededor de 10.000 productores; la comercializadora COMART con cerca de 1.500 socios; la Coordinadora de Integración de Organizaciones Económicas Campesinas de Bolivia (CIOEC-B) con cerca de 100.000 productores, la Asociación de Organizaciones de Productores Ecológicos de Bolivia (AOPEB) con cerca de 30.000 productores.

ni indígena, la mayoría de los pequeños productores urbanos o rurales que la ponen en práctica comparten una cultura comunitaria en la que se valoran los principios de solidaridad, de reciprocidad, de complementariedad y de equidad. Sin duda estos principios no se aplican a la mayoría de las actividades económicas de los pequeños productores, especialmente urbanos, donde veinte años de ideología de economía “de mercado” infundieron la idea que la inserción individual al mercado era la mejor estrategia para todos. Pero no impide que estos valores sigan vigentes, constituyendo una base sólida en la que los promotores de la economía solidaria puedan respaldarse para suscitar la adhesión a su proyecto de un número creciente de pequeños productores decepcionados por la economía “de mercado”.

Esta fuerza propia de la economía solidaria en Bolivia hizo posible la conformación de organizaciones de economía solidaria que en ciertos casos juntan varios centenares o hasta millares de pequeños productores organizados en forma igualitaria y democrática. En el plano económico, el asociarse les permite superar varias limitaciones que de otra forma afectan a los pequeños productores por su reducida escala de operación. Así, varias organizaciones de economía solidaria han asegurado la calidad y la cantidad necesarias para la exportación, ingresando a mercados mejor remunerados, permitiendo aumentar los ingresos de sus miembros. En el plano social y político, los servicios recibidos también van en beneficio de la satisfacción de las necesidades y del empoderamiento de los miembros de estas organizaciones.

Sin embargo, quedan varias limitaciones por superar, ligadas sobre todo al marco precario en que siguen desarrollándose la mayoría de las organizaciones de economía solidaria. Si bien varias de ellas han logrado generar ingresos mayores, con frecuencia no está asegurada la continuidad de estos ingresos. El pago a mano de obra depende de las ventas de los productos, sin contar con un capital de operación que permita amortizar las fluctuaciones de los flujos de caja. Por lo tanto, durante el tiempo que transcurre entre la entrega de los productos y el pago por parte del cliente – a veces meses – los productores no cuentan con ingreso y muchas veces se ven obligados a desempeñarse en trabajos complementarios menos remunerados. Además, muchas organizaciones de economía solidaria aún no cuentan con una formalización completa, debido en buena parte a la falta de reconocimiento de su especificidad por las autoridades y por consiguiente, de un régimen adecuado para ellas. Asimismo, cabe lamentar la ausencia casi generalizada de seguro social para los miembros de las organizaciones economía solidaria, que significa la limitación de sus beneficios al presente inmediato.

En conclusión, si bien por la larga trayectoria de ciertas experiencias de economía solidaria⁶ y la magnitud que ha cobrado en la actualidad reciente, la economía solidaria en Bolivia ya no puede considerarse un efecto de moda, falta mucho para su consolidación en un verdadero proyecto de sociedad. Más precisamente, el análisis de sus actuales limitaciones nos muestra que el pasar de una experiencia de escala aún reducida a un proyecto de sociedad, no será posible sin el apoyo del Estado con el reconocimiento legal de su especificidad y con programas adecuados de financiamiento.

⁶ Pensamos por ejemplo en las experiencias del Ceibo o de la Asociación Artesanal Boliviana Señor de Mayo.